
RUFINO DE MINGO

LAS LEYES Y LOS DESEOS

Hay una trama oculta en las pinturas de Rufino de Mingo; una urdimbre, similar a la que oculta y pone de manifiesto la propia tela, y que a veces pareciera vislumbrarse por entre los trazos de su obra. Tramas reduplicadas en forma y fondo, aunque a veces parezcan esconderse en la entretela, y camuflarse incluso entre sus colores.

Pero vayamos por partes en la propia “trama” de esta historia que, partiendo de su pintura, me he propuesto contarles. Porque parece que existe un hilo conductor de la obra de De Mingo: una ligazón que une inexorablemente estas últimas obras con aquellas que realizó en la popular galería Tate-Tate de un Madrid con resaca aún de “movidas” ochenteras y entusiasmos artísticos que desembocaron en lo que Teresa Vilarós denominó acertadísimamente como “el mono del desencanto”. En aquella época, en aquel lugar, De Mingo ya comenzó, bajo la advocación de los grupos Abanico o Caos a poner en pié temas y argumentos que hoy se descubren en sus obras como parte de esa historia que décadas después sigue no solo viva, sino vivificada.

Si de vitalidad hablamos –que duda cabe-, cabría empezar por hacerlo sobre su obra haciendo necesario rito de paso de la referencia a los matissianos colores que vuelven a tensar lo que ocurre sobre la tela a fuerza de impacto cromático y resquebrajamientos de las superficies por las que escapan –más que las que crean- los propios y fuertes trazos que dan vida al movimiento y forma a las figuras. Crea con ello escenas que de propio naïf parecieran reclamar un eterno principio de la humanidad: un paraíso terrenal, anterior incluso a las creaciones divinas que todo lo han terminado embarrando, más que dando forma a lo inerte, por el que se mueven esos hombres fuertes que parecen crearse/creando a cada paso: insibles como forma compacta: masa voluble sometida –ella también- a las tensiones que ocurren en la pintura.

Seres que a veces parecen luchar entre sí o con su propio destino –el de nosotros-, e incluso acabar transformando en una lucha la propia relación, de tintes incluso sexuales, para los que sus portentosos atributos parecen ser un inmejorable jalón. Pero no; de nuevo hay una lucha, una fricción que hace que la batalla de estos Sísifos, que parecen condenados a empujar la piedra por toda la eternidad, el incluso a ser perseguidos por ella como eterna amenaza, cobre el cariz de un castigo que ni para las mismas Furias pudieron los mitos crear –y es que el mito sustituye a la Historia, y no hay mayor amenaza que la inexorabilidad de ésta como relato que lo sustituye.

Por eso, frente a esa exacerbada “naturalidad” de ese inicio proteico y prometeico de unos hombres aparentemente cegados, a veces pareciera que éstos solo se encuentran sometidos, en su particular Edén, a esas tensiones primarias y altamente sexualizadas. Pero no es tampoco sexual aquello que estalla entre las fibras de las telas de Rufino de Mingo. Es algo, si cabe, más dramático, más liminal y, por supuesto, más opresivo por inalcanzable: el deseo, sometido a sus propias e irresolubles leyes. Como verdadera piedra mítica, este deseo condena a aplastar una y otra y otra vez nuestra voluntad, sometidas así a sus propias leyes, a sus eternas e inexpugnables redes.

Redes míticas, redes creadas y redes incluso mortales, como esas que diariamente encuentran los verdaderos presos –de tensiones, de leyes o de fronteras y límites en verdadero conflicto- en su camino: bloqueándolo, amputando miembros y deseos que chocan verdaderamente con leyes e historias que nada de mítico tienen: dramas de muerte, más que de vida, que sesgan el propio

relato: que ciegan y vuelven sordo, ciego, mudo, a aquel que por no tener no tiene ni voz para narrar la propia historia. En esto, también, el interés de Rufino de Mingo por las fronteras y los modos de traspasarlas, y por la necesidad humanística de denunciar y no renunciar a todo aquello que tiene que ver con el Hombre, con la Humanidad, y con los grandes relatos –y necesarios derechos- de la misma, está sin duda presente como lo estaba en su “Homenaje al consumismo”, instalación-denuncia en la que quedaba claro –como en todo cuanto hace que pintar, incluso, puede ser una forma de resistencia, hoy tan necesaria como entonces.

La vitalidad, así se nos esfuma entre los colores y las telas, entre las formas que anunciaban una arcadia contemporánea en la que la tragedia –la concertina, la reja, la miseria y la frontera- gritan “aquí estoy yo” como antaño lo hacía la muerte. Sólo queda, por tanto, apoyarse unos en otros para saltar esos obstáculos, atravesar esas redes y esos “países desconocidos que recorro en compañía de extrañas criaturas”, que decía Robert Desnos, hablando de alto que, por desgracia, cada día tiene menos de surrealista. Pero él mismo lo dejaba claro cuando en sus famosos trances le preguntaban: “¿Qué ves?” y respondía con los ojos de la mente: “La muerte”. Y es que a veces es lo único que se atisba cuando.

JULIO PÉREZ MANZANARES.
Escritor y Crítico de Arte.